

El caso británico: del thatcherismo a la Tercera Vía

Andy Thornley

Andy Thornley es el director del Departamento de Planificación Urbana en la London School of Economics and Political Science. Es autor de numerosos libros sobre la relación entre política y urbanismo, entre los cuales figuran *Radical Planning Initiatives* (Gower, 1990), *The Crisis of London* (Routledge, 1992), *Urban Planning under Thatcherism* (Routledge, 1993) y *Urban Planning in Europe: International Competition, National Systems and Planning Projects* (Routledge, 1996).

In 1997, Thatcherism was swept by New Labour and the "Third Way" championed by Tony Blair: ¿What did this imply for urban planning? For 18 years, Thatcher's neo-liberalism "rolled back" the State and gave absolute priority to free market. Urban planning (strongly promoted by post-war Labour Welfare State) underwent an important erosion, although Conservative Party governments had to reintroduce it in order to solve environmental and local issues. Tony Blair's New Labour aims to fuse social democracy and liberalism into a "Third Way", that looks for both social goals and economic objectives. The State must intervene to prevent social exclusion, but on the other hand the business community has to be favoured so as to be competitive in the globalisation era. The "Third Way" is based on consensus and conciliation (even with the business community) with Christian tinges. It is also based on regional development and local democracy through decentralisation policies.

This new acceptance of community and also the concern for a more environmentally aware society have given planning greater legitimacy. Social solidarity policies and new local democracy forms should also benefit planning.

However, will the three objectives of planning (economic efficiency, environmental sustainability and meeting the social needs) be fulfilled or shall we see the imperatives of international economics competition predominate?

Tony Blair's "Third Way" aims to reconcile all interests so that all win, but is in jeopardy of underestimating existing conflicts.

En 1997, el thatcherismo quedó barrido por el Nuevo Laborismo y la "Tercera Vía" abogada por Tony Blair: ¿Con qué consecuencias para el urbanismo? Durante 18 años en el poder, el neoliberalismo thatcheriano hizo retroceder el papel del Estado y dio absoluto protagonismo al mercado libre. El urbanismo (muy potenciado por el Welfare State laborista de posguerra) quedó erosionado, aunque los conservadores no tuvieron más remedio que reintroducirlo para resolver ciertos conflictos medioambientales y locales. El Nuevo Laborismo de Tony Blair pretende unir socialdemocracia y liberalismo en una "Tercera Vía" que busque tanto logros sociales como objetivos económicos. El Estado debe intervenir para impedir la exclusión social, pero a la vez hay que ponerle todo tipo de facilidades al mundo empresarial para que sea competitivo en la era de la globalización. La "Tercera Vía" se basa en el consenso y en la conciliación con tintes cristianos. También se basa en el desarrollo de las regiones y de la democracia local mediante políticas de descentralización.

Esta nueva aceptación de lo colectivo y también la preocupación por una sociedad más ecológica le otorga al urbanismo una mayor legitimidad. Las políticas de solidaridad social y las nuevas formas de democracia local deberían favorecer al urbanismo. Pero ¿conseguirán los tres objetivos del urbanismo (eficacia económica, sostenibilidad medioambiental y cubrir necesidades sociales) encontrar su hueco, o predominarán los imperativos de la competición económica internacional?

La "Tercera Vía" de Tony Blair pretende compaginar los intereses de todos para que todos salgan ganando, pero corre el peligro de que se subestimen los conflictos.

INTRODUCCIÓN

Las ideas de la Nueva Derecha dominaron el pensamiento de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña durante los años ochenta del siglo XX. La aplicación concreta de estas ideas se llegó a conocer con el nombre de "reaganismo" y "thatcherismo". Ambos se inspiraban en teóricos parecidos, como Hayek o Milton Friedman, aunque diferían en los detalles debido a sus respectivas circunstancias políticas locales. El neoliberalismo y la postura de desregulación de la economía del thatcherismo se acompañaron de una política de control, a la que suele referirse como a la componente autoritaria de esta ideología. Andrew Gamble lo resumió muy acertadamente con el lema "mercado libre y Estado fuerte" (Gamble, 1988). Margaret Thatcher no se conformaba con ceñir su misión a Gran Bretaña, también procuró ensalzar las bondades de sus planteamientos por el mundo entero. Como consecuencia de ello presenciamos en otros países un interés considerable por sus ideas, que se llegaron incluso a aplicar en alguno de ellos, por ejemplo en los debates sobre la transición del poscomunismo en Europa del Este o en los gobiernos de Nueva Zelanda y Australia. Al principio de los años noventa del siglo XX, hasta la fuerte tradición socialdemócrata de Suecia se vio interrumpida por un periodo de políticas al estilo "thatcherista". La adopción de estas ideas neoliberales ocurrió a menudo muchos años después de la experiencia británica, pero el país receptor las tomaba prestadas sin tener en cuenta las prácticas en curso en aquel momento. Lo que explica que el thatcherismo se adoptó con entusiasmo como si fuera la respuesta a distintos problemas, sin aprender la lección de que el thatcherismo, tal y como evolucionó en Gran Bretaña, provocó numerosos problemas y contradicciones.

En 1997, después de 18 años de Gobierno dirigido por el Partido Conservador, Gran Bretaña experimentó un cambio político radical con la llegada de Tony Blair y del Nuevo Laborismo. En ciertos aspectos, el nuevo Gobierno ha proseguido con los planteamientos del Gobierno anterior, pero también han ocurrido algunos cambios ideológicos notables. Después del pragmatismo de la

“Desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1979, se han producido acuerdos entre partidos sobre la naturaleza general del sistema de planificación. Como ha resaltado Foley (1960), este sistema combina tres funciones: contribuir a una economía eficaz, proteger el medio ambiente y colmar las necesidades colectivas”.

campaña electoral, el nuevo Gobierno ha tratado de dar una credibilidad ideológica a sus planteamientos adoptando el lema de la “Tercera Vía”. Una vez más, podemos apreciar el paralelismo con Estados Unidos, esta vez con los planteamientos de Clinton. Hay quien ha opinado que la Tercera Vía es una reacción a la Nueva Derecha y es, por tanto, un fenómeno específico a Gran Bretaña y Estados Unidos. Sin embargo, hoy en día hay numerosos países por todo el mundo que afirman gobernar rigiéndose con este planteamiento, desde Nueva Zelanda, Brasil, Argentina, Chile, hasta Corea y Taiwán (Giddens, 2001). Se podría decir pues que esta política ideológica le ha quitado el puesto de idea más popular del momento a la Nueva Derecha. Y, por tanto, el mundo entero observa atentamente cómo se aplica en Gran Bretaña. La victoria electoral aplastante de Blair en 2001 no ha hecho sino reforzar ese interés. Sin embargo, su atractivo para el resto de Europa no parece tan evidente. En algunos casos no se acepta el rechazo del socialismo “a la antigua usanza” que entraña la Tercera Vía. Pero, si uno examina la Tercera Vía en su acepción más amplia y la entiende como la necesidad de que la socialdemocracia se adapte a las condiciones sociales de hoy en día, entonces su atractivo resulta más obvio. Aunque sea bajo distintos apelativos, como “nuevo centro” en Alemania o “coalición violeta” en los Países Bajos, parece que existe un real interés en replantearse las prioridades políticas. Una vez más, la experiencia de las prácticas llevadas a cabo en Gran Bretaña puede resultar útil. Más adelante comentaremos algunas de las dificultades encontradas a la hora de aplicar la Tercera Vía a la planificación.

ALGUNOS PROBLEMAS A LA HORA DE APLICAR EL THATCHERISMO A LA PLANIFICACIÓN

Un aspecto importante de cualquier ideología política es el papel que le atribuye al Estado. Durante el periodo de la posguerra, en Gran Bretaña predominaba el planteamiento económico keynesiano y se fomentaba el Estado del bienestar, lo cual otorgó al Estado un papel fuertemente intervencionista. El sistema de planificación generalizado nació en ese ambiente político, pero la llegada del thatcherismo al poder en 1979 lo puso en tela de juicio de forma contundente. Los partidarios de la nueva ideología opinaban que las medidas tomadas durante la posguerra habían sido erróneas y las sustituyeron por una postura que otorgaba a la intervención pública un papel minimalista, bajo el lema: “Hagamos retroceder al Estado” (Thornley, 1993). La planificación siempre ha tenido un papel crucial en las relaciones entre Estado y mercado. Por lo cual, cualquier cambio tan radical en la actitud hacia el Estado no deja de tener implicaciones determinantes en el modo de llevar a cabo la planificación. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1979, se han producido acuerdos entre partidos sobre la naturaleza general del sistema de planificación. Como ha resaltado Foley (1960), este sistema combina tres funciones: contribuir a una economía eficaz, proteger el medio ambiente y colmar las necesidades colectivas. Aunque la búsqueda simultánea de estos tres objetivos engendrara contradicciones, éstas se mantenían bajo control, porque existía una creencia consensual generalizada de que la planificación podría lograr el equilibrio entre los distintos intereses. Esta fe en el consenso desapareció con el thatcherismo. Se pasó a considerar que la función de la planificación consistía esencialmente en ayudar a la eficacia económica fortaleciendo los mecanismos de mercado. Se tomó una postura mucho más selectiva para con la protección del medio ambiente, y para tratar la dimensión social se contaba con el mecanismo del efecto de propagación de una inversión sobre su entorno geográfico y comercial (*“trickle down”*). Así, el thatcherismo puso mucho más énfasis sobre la libertad de mercado. En palabras de Keith Joseph, el hombre que más contribuyó a la ideología thatcherista en su primera fase, “la sabiduría del mercado, ciega, sin planificar ni coordinar, es abrumadoramente superior a los planes realizados por los gobiernos, burocracias y organizaciones internacionales, por muy racionales, sistemáticos, bien intencionados, cooperativos, basados en investigaciones, científicos y progresistas que sean” (Joseph, 1976, 57).

Los planteamientos de la posguerra se construyeron sobre el espíritu de cooperación engendrado por el esfuerzo de guerra y un deseo de mejorar los conflictos de clase destructores del periodo comprendido entre las dos guerras mundiales. El sistema de planificación se estableció con el apoyo de un amplio espectro de sectores, que abarcaba todos los partidos políticos y numerosos grupos de interés de distintas índoles (ver Cullingworth, 1975, para más detalles). Ese consenso continuó a lo largo de los años cincuenta y hasta el principio de los setenta del siglo xx, durante un periodo de crecimiento económico y de presión sobre el entorno físico. Existía una corriente de opinión que creía en el, “final de las ideologías” (por ejemplo, Bell, 1960; Lipset, 1960). La llegada al poder del

“Un segundo vuelco en la postura ideológica del Gobierno pudo observarse en la Ley de 1991 sobre Planificación y Compensación, que reafirmaba la importancia del plan urbanístico como marco dentro del cual tomar decisiones acerca del desarrollo urbano”.

thatcherismo en 1979 trajo un cambio abrupto en el clima político, que quedó magistralmente ilustrado en la lucha con los sindicatos. La visión personal que Margaret Thatcher tenía de la sociedad —a saber, una sociedad plagada de conflictos— se demostró con la cruzada que llevó a cabo contra el socialismo y la pregunta que tan a menudo lanzaba sus consejeros: “¿Son de los nuestros?”. La ruptura con el consenso anterior y la erosión de la planificación eliminó la función de buscar el equilibrio y alcanzar un término medio que tenía potencialmente el sistema de planificación. Las contradicciones quedaron más patentes. Con frecuencia se ha recalado que se necesita el mismo espacio urbano para la acumulación de capital debida a intereses comerciales que para brindar un entorno de vida para las personas (por ejemplo, Fainstein y Fainstein, 1982). Este conflicto de intereses puede tomar distintas formas, a veces acarreado el desplazamiento de grupos de clase obrera y a veces causando una actitud de “sí, pero aquí no”¹ entre la clase media. El cambio ideológico supuso un cambio de actitud hacia la intervención pública, una reorientación del propósito asignado al sistema de planificación y un planteamiento diferente para resolver los conflictos de interés. Se pasó de una política basada en el consenso a una política basada en la convicción que consideraba intrínsecos los distintos intereses.

A medida que los años Thatcher iban pasando, se hacía más y más difícil contener los variados conflictos con los planteamientos del mercado libre, lo que condujo a la reintroducción progresiva de la planificación. Por ejemplo, llegaron presiones del movimiento ecologista internacional, especialmente a través de las normas de la Unión Europea. Los asuntos medioambientales exigían una visión a largo plazo que era difícil conseguir dentro del marco de una economía de mercado individualista y centrada en obtener beneficios. Por ello fue extendiéndose progresivamente la idea de que el sistema de planificación jugaba un papel importante a la hora de asegurar el cumplimiento de los objetivos medioambientales. En los últimos años de Gobierno conservador, se fue generando un enfoque más positivo hacia la sostenibilidad bajo el mandato del secretario de Estado para el Medio Ambiente John Gummer. En cuanto a políticas sobre transporte y consumo, tal y como quedaron reflejadas en los *Apuntes orientativos para políticas de planificación* PPGD6 y PPGD13 (Doe, 1993; 1994), se apostaba con fuerza por reducir la dependencia respecto al transporte motorizado, aunque había pocas pruebas de que estas declaraciones de intenciones llegaran a influir en las prácticas del Ministerio de Transportes.

Un segundo vuelco en la postura ideológica del Gobierno pudo observarse en la Ley de 1991 sobre Planificación y Compensación, que reafirmaba la importancia del plan urbanístico como marco dentro del cual tomar decisiones acerca del desarrollo urbano. El Gobierno se había visto envuelto en unas peticiones problemáticas acerca de las nuevas urbanizaciones por edificar en la región de los Home Counties y cayó en la cuenta de lo interesante que resultaba dejar a las autoridades locales apañárselas con este tipo de decisiones difíciles. Por ello, fortalecieron el plan local de urbanismo. Las constructoras más importantes también apreciaban la mayor seguridad proporcionada por el marco de la planificación. Sin embargo, las modificaciones del sistema de planificación se llevaron a cabo por etapas, mientras se mantenía el planteamiento thatcherista global. No es sorprendente pues que el resultado pecara de una falta de claridad ideológica. Este hecho y la falta de liderazgo de John Major contribuyeron a las luchas intestinas entre facciones del Partido Conservador. En teoría, la llegada al poder del Gobierno laborista proporcionó una ocasión para desarrollar nuevos planteamientos acerca de la resolución de los conflictos de intereses inherentes a la toma de decisiones sobre planificación y desarrollo.

EL NUEVO LABORISMO Y EL REGRESO DE LA IDEOLOGÍA CONSENSUAL

El Partido Laborista consiguió una victoria aplastante en las elecciones generales de 1997 gracias a un líder carismático, Tony Blair, y a su Nuevo Laborismo remozado. Examinaremos hasta qué punto esto entraña una nueva postura ideológica a través de las declaraciones-manifiestos emitidos durante la campaña electoral y del posterior intento directo de formular en qué consiste dicha postura mediante la adopción del concepto de la Tercera Vía. Subrayaremos las diferencias entre esta postura y el thatcherismo, y debatiremos cuáles son las consecuencias potenciales para la planificación.

La estrategia para ganar las elecciones consistía en tener a todos contentos y en evitar decir nada demasiado audaz o destacable que pudiera causar una pérdida de votos. Se confiaba en la juventud

¹ “Sí, pero aquí no” (SPAN) es la expresión que se suele utilizar para traducir NIMBY (“not in my backyard”, o sea, “en mi patio trasero”), neologismo inglés que se aplica a la reacción de los ciudadanos que se oponen a la ubicación en su entorno inmediato de ciertas actividades o instalaciones percibidas como peligrosas, aunque les reconozcan cierta utilidad y no se opongan a que las ubiquen en otro lugar, donde no les causen molestias a ellos.

“Las constructoras más importantes también apreciaban la mayor seguridad proporcionada por el marco de la planificación”.

y en el carisma del líder y en la demostración de la eficacia organizativa, evidente desde la reforma del partido. Sin embargo, se pueden evidenciar algunos indicios de una postura ideológica embrionaria en el manifiesto y los discursos electorales. Tony Blair dejó muy claro que el Partido Laborista seguiría apoyando al mundo empresarial y que los imperativos del mercado serían de suma importancia en el nuevo pensamiento del Gobierno (Blair, 1996). El Nuevo Laborismo no tardó en presentar sus credenciales al sector privado y Blair habló de la “nueva era que se abre para las relaciones entre el Partido Laborista de hoy y el mundo de los negocios” (Blair, 1996, 107). Es más, Blair mantuvo muchos encuentros con líderes empresariales, entre los cuales destacan los representantes de la Corporation of London, y prometió que no se abolirían los privilegios específicos de este ente. La necesidad de competir a nivel internacional resultó ejercer una influencia importante sobre el Gobierno: “Ya que es inconcebible que el Reino Unido quiera retirarse unilateralmente del mercado global, debemos ajustar nuestras políticas a su existencia” (Blair, 1996, 86). Declaraciones tan rotundas para resaltar la necesidad de responder a las fuerzas económicas y amoldarse a los intereses económicos hacen pensar que existe cierta continuidad con la ideología thatcherista.

Sin embargo, en dos aspectos importantes existe un contraste muy marcado entre el Nuevo Laborismo y el thatcherismo. Mientras que Margaret Thatcher adoptó una actitud conflictiva, Tony Blair colocó el consenso y la conciliación en el primer lugar de sus prioridades. Se fabricó una imagen de persona dispuesta a curar los males sociales para unir a todos los elementos de la sociedad. En más de una ocasión, se refirió a las creencias cristianas y a una sociedad acogedora. Esto choca fuertemente con la declaración de Margaret Thatcher en cuanto a que no existe la sociedad en sí, sólo individuos y sus familias. El Nuevo Laborismo expuso su “creencia en la sociedad, los esfuerzos conjuntos, la cooperación, la solidaridad y el apoyo mutuo” (Blair, 1996, 38). Blair evocó sus creencias cristianas para criticar a los conservadores por tener “una definición demasiado egoísta de los intereses propios. Fallaron al no tener una visión más global, que abarcara a la colectividad y a la relación del individuo con la colectividad”. En el discurso que pronunció ante el Congreso del Partido Laborista en el otoño de 1997, evocó la idea de una “sociedad del don”. Declaró en un estilo bastante bíblico: “Creed en nosotros tanto como creemos en vosotros. Dada vuestro país tanto como nosotros tenemos previsto dar. Entregaos enteros. Haced de esta época la época del don... Haced que lo bueno que reside en el corazón de cada uno de nosotros sirva el bien de todos” (*Guardian*, 1 de octubre de 1997, 8).

El segundo punto en que contrastaba el Nuevo Laborismo con el thatcherismo residía en el énfasis puesto en la democracia local y en la descentralización. Se iniciaron importantísimas reformas institucionales para dar más autonomía a Escocia y Gales, para reintroducir la política regional y para revigorizar a las autoridades locales mediante nuevas formas de democracia y de participación local. También se entabló la reforma de la Cámara de los Lores. Existía un compromiso para ampliar la democracia: “El Nuevo Laborismo quiere dar poder al pueblo: para ser un Gobierno que trabaje en asociación con el pueblo, que le dé posibilidad de elección y responsabilidad” (Blair, 1996, 321).

Durante su primer año en el cargo, el nuevo Gobierno procuró desarrollar un marco ideológico en el cual colocar los principios que había expuesto durante la campaña electoral. Una de las principales influencias sobre Blair era Anthony Giddens, cuyo libro *Beyond Left and Right [Más allá de la izquierda y de la derecha]* (1994) supuso una nueva forma de ver la política, que fue desarrollando más adelante en *La Tercera Vía*, publicada en 1998. El nuevo planteamiento procura ir más allá de las divisiones políticas que existían entre neoliberalismo y socialismo, y también adaptarse a las tendencias contemporáneas de la sociedad, como la globalización, la incertidumbre creciente y la diversificación social. Entre sus características más destacables, cabe citar el replantearse el Estado de bienestar utilizando para ello el principio del empoderamiento (“*empowerment*”), darle al Gobierno una transparencia mayor mediante el diálogo y reconciliar la autonomía y la interdependencia en la vida social. Todas estas ideas influyeron en el nuevo Gobierno. A lo largo del año 1998, Blair y los ministros principales empezaron a presentar el concepto de la Tercera Vía. En abril de 1998, el ministro de Asuntos Exteriores Robin Cook expuso sus seis principios de la Tercera Vía, a saber: colectividades fuertes, sociedades integradoras, políticas abiertas, derechos pero también responsabilidades,

interdependencia en una economía global y modernización relacionada con los cambios sociales (*Guardian*, 23 de abril 1998). El intento de edificar una base filosófica para el nuevo Gobierno culminó más adelante, en el mismo año, con el *Fabian pamphlet* del primer ministro, intitulado *La Tercera Vía: una política nueva para un nuevo siglo* (Blair, 1998). En él se pretende unir las dos corrientes de pensamiento: socialdemocracia y liberalismo. Una de las características de esta postura es “el reconciliar temas que en el pasado se han considerado como antagónicos: el patriotismo y el internacionalismo; los derechos y las responsabilidades; el fomentar la empresa y la lucha contra la pobreza y la discriminación” (Blair, 1998). La reconciliación que implica esto último refleja la opinión expuesta durante la campaña electoral, según la cual es posible buscar objetivos económicos en una época de globalización y a la vez conseguir logros sociales. Giddens aplica este argumento incluso a los logros medioambientales cuando describe la Tercera Vía como un camino que no da por sentado que el desarrollo económico se realice inevitablemente a expensas del medio ambiente. Es más, “la protección del medio ambiente se considera una fuente de crecimiento económico en vez de lo contrario” (Giddens, 1998, 19). El énfasis puesto en reconciliar puntos de vista que parecen opuestos conduce a un enfoque que trata de construir consenso alrededor de un planteamiento más coordinado.

La obra *La Tercera Vía*, como también sucedía con las anteriores declaraciones-manifiestos, apenas hace alusión al urbanismo. Sin embargo, muchos de los temas abordados tienen fuertes consecuencias para la planificación urbana. En ellos se puede leer la creencia de que es posible que el Estado tenga que intervenir en el mercado para proteger ciertos objetivos sociales; por ejemplo, para impedir la exclusión social. El renovado énfasis puesto en la importancia de la colectividad es especialmente importante para la planificación, ya que podría apoyar la idea según la cual la intervención planificadora es esencial a la hora de conseguir los intereses colectivos. Según Giddens, “el tema de la colectividad es fundamental en la nueva política” (1998, 79). La globalización se considera una ocasión que brinda nuevas oportunidades para desarrollar la identidad local, a la vez que proporciona un foco para las responsabilidades colectivas. Giddens no niega que el concepto de colectividad también entrañe problemas, ya que puede abarcar distintos puntos de vista, suele ser difícil de definir geográficamente y puede crear oposición al cambio mediante actitudes SPAN (“Sí, pero aquí no”). No obstante, el paso del individualismo de la era Thatcher a la aceptación de lo colectivo no puede dejar de otorgar a la planificación una mayor legitimidad. La responsabilidad colectiva también se halla en la base de una sociedad más ecológica, otra de las metas fuertemente planteadas por el Nuevo Laborismo.

Es probable que la planificación también se vea afectada por el empeño puesto en promover la apertura y la transparencia del Gobierno. La importancia de la democracia local y el deseo de explorar nuevas formas de democracia deberían revigorizar la participación en la planificación. Otra de las antítesis falsas que Blair denuncia y trata de superar es la que existe entre la democracia representativa y la participativa (Blair, 1998, 15). La participación en la planificación ha sido tradicionalmente limitada por las tensiones que existen entre estos dos tipos de democracia. Por tanto, las nuevas experiencias que consigan una mejor relación entre ellas podrían abrir nuevas oportunidades para la planificación.

La retórica del Nuevo Laborismo da más crédito al largo plazo; por ejemplo, en lo referente a medio ambiente y educación. También ha declarado que el Gobierno debe aplicar políticas que refuercen la solidaridad social. *La Tercera Vía* afirma que la búsqueda de la prosperidad económica puede llevarse a cabo a la vez que se logran objetivos sociales y medioambientales. Pero aún queda por definir cómo conseguir esta meta. ¿Cómo pueden adaptarse las políticas económicas a los imperativos de la economía global, que fomenta la competición, la reducción al mínimo de los costes sociales y los resultados a corto plazo, sin comprometer los objetivos a más largo plazo? En lo referente a la planificación, el empeño del Nuevo Laborismo por conseguir el consenso y la coordinación podría provocar que la planificación volviera a proporcionar el papel de equilibrar los distintos intereses en juego. El propósito de la planificación podría abarcar una vez más la eficacia económica, la sostenibilidad medioambiental y las necesidades sociales. Cabe preguntarse cómo se solucionarán las contradicciones inherentes al cumplimiento de estos tres objetivos. ¿Predominará la necesidad de reaccionar ante la competición económica internacional, abogada

“Podríamos estar regresando a una situación en la cual los conflictos se subestiman por existir la creencia de que siempre se puede encontrar una Tercera Vía para superar los antagonismos. Tal vez se esté poniendo demasiada fe en ella, cuando en realidad lo que se debe hacer es considerar que estos conflictos son inevitables y dejar que sea una elección política la que decida qué intereses son prioritarios”.

por Blair, sobre los demás objetivos? Todo apunta a que la planificación se utilizará para contribuir a conseguir coordinar los distintos intereses. Lo hará en un marco ideológico que piensa que todos los intereses se pueden conciliar de un modo que satisfaga a todos y que se pueden encontrar soluciones que creen una situación en la que todos ganen. Ésta parece ser la declaración de principios de la Tercera Vía. Pero existe una opinión distinta que afirma que algunos intereses siempre se opondrán mutuamente y que unos saldrán ganando a expensas de otros. Es probable que este caso se llegue a dar en situaciones donde se enfrentan dos intereses en torno a un bien escaso, como lo son las zonas urbanizables. Lo ilustraré con un ejemplo sencillo: es necesario ampliar los aeropuertos internacionales para asegurarse un puesto competitivo en una economía globalizada. Esto es un ejemplo de lo que Blair consideraría como necesario. Sin embargo, semejante ampliación generará ruido y reducirá la calidad de vida de los vecinos que residan en sus proximidades. Es cierto que se puede replicar que sigue siendo posible una situación donde todos salgan ganando: para ello basta con instalar la ampliación del aeropuerto en un lugar donde no se generen molestias para los habitantes. Pero es muy poco probable que esta solución sea factible en la mayoría de las ciudades. Por tanto, será inevitable que alguien salga perdiendo. Durante la posguerra, conflictos de intereses similares se ocultaron disfrazados bajo el consenso. El thatcherismo expuso la naturaleza real de los conflictos de intereses en la sociedad. Pero durante ese periodo la resolución de dichos conflictos, a través del funcionamiento libre del mercado, benefició a ciertos intereses económicos muy poderosos. A través de la Tercera Vía podríamos estar regresando a una situación en la cual los conflictos se subestiman por existir la creencia de que siempre se puede encontrar una Tercera Vía para superar los antagonismos. Tal vez se esté poniendo demasiada fe en ella, cuando en realidad lo que se debe hacer es considerar que estos conflictos son inevitables y dejar que sea una elección política la que decida qué intereses son efectivamente prioritarios.



BIBLIOGRAFÍA

- Bell, D. 1990. *The End of Ideology*. Glencoe. The Free Press.
- Blair, A. 1996. *New Britain: My Vision of a Young Country*. Londres. Fourth Estate.
- Blair, A. 1998. “The Third Way: New Politics for the New Century”. *Fabian Pamphlet*, n° 588. Londres. Fabian Society.
- Cullingworth, J.B. 1975. *Environmental Planning, 1939-69. Volume 1: Reconstruction and Land Use Planning*. Londres. HMSO.
- Department of the Environment. 1993. *Planning Policy Guidance 6 Town Centres and Retail Development*. Londres. HMSO.
- Department of the Environment. 1994. *Planning Policy Guidance 13 Transport*. Londres. HMSO.
- Fainstein, N. y Fainstein, S. 1982. “Restoration and struggle: urban policy and social forces”. N. Fainstein y S. Fainstein (coord.). *Urban Policy under Capitalism*. Newbury Park California. Sage.
- Foley, D. 1960. British town planning; one ideology or three? *British Journal of Sociology*, 11: 211-231.
- Gamble, A. 1988. *The Free Economy and the Strong State*. Londres. Macmillan.
- Giddens, A. 2001. *The Global Third Way Debate*. Cambridge. Polity Press.
- Giddens, A. 1994. *Beyond Left and Right*. Cambridge. Polity Press.
- Giddens, A. 1998. *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*. Cambridge. Polity Press.
- Joseph, K. 1976. *Stranded in the Middle Ground*. Londres. Centre for Policy Studies.
- Lipset, S.M. 1960. *Political Man*. Londres. Heinemann.
- Thornley, A. 1993. *Urban Planning under Thatcherism: the Challenge of the Market*. Londres. Routledge.